

Un representante del "grande humor"

=De La Nación. Buenos Aires.=

De pequeña estatura como los grandes hombres (César, Napoleón, Bolívar), un tanto cargado de espaldas, en lo cual anda también históricamente en buena compañía; de ojos pequeños y vivaces escondidos tras de unas lentes que le arrebatan a su mirar toda sospecha de indiscreción; de nariz fina y puntiaguda, cejas abundantes y cabello copioso, largo, brillante, negro y lacio, labios delgados, color pálido, expresión interesante de hombre a quien preocupa más que todo la vida intelectual, Salvador de Madariaga, al aparecer entre un grupo de gentes que no lo conozcan, ha de suscitar las más variadas conjeturas respecto a su raza y a su profesión. Unos le tomarán por un sabio y desengañado profesor de liceo, que esconde sus vastos conocimientos y su incoercible tristeza en alguna ciudad francesa de provincias. No faltará quien le suponga bibliotecario oficial o vendedor de libros raros en calle apartada de Berlín o de Londres. Ni sería extraño verle clasificado entre los críticos de arte que recorren el planeta anunciando una buena nueva en materias de estética.

A nadie le ocurrirá, sin embargo, que Salvador de Madariaga es un hombre moderno, en cuya curva vital hay las más curiosas sinuosidades. Profesor es en verdad, pero antes de serlo a la moderna en Oxford, había formado parte durante la guerra mundial de aquella sección formidable de la Foreign Office, en que le enseñaban al mundo los orígenes, el significado y el objeto del esfuerzo inmensurable que estaba haciendo la Gran Bretaña para vencer en la prueba terrible. Crítico de arte es y muy avisado, pero eso no fue óbice para que, calzado de botas altas y cubierto con amplio y largo abrigo, fuese a Rusia en misión de buen samaritano, desafiando las inclemencias del tiempo, las probabilidades del tifus exantemático y las opiniones del público europeo sobre el gobierno de los Soviets. Amante apasionado de los libros, también ha sido toda su vida; pero no se ocupa en venderlos; los compra más bien asiduamente para leerlos, y entre una y otra lectura suele hacerlos admirables y medulosos, sin detrimento de sus otras funciones espirituales.

Es puro español de alma y de raza. Su apellido es vasco, pero, en su manera de pronunciar el castellano, un experto conocedor de acentos percibirá en seguida el influjo del habla gallega. Fue educado en Francia y habla el francés y lo escribe con desembarazada elegancia. En francés, cuya literatura conoce como un filólogo romanista, publicó muy joven un volumen de versos. Ha hecho del inglés su lengua adoptiva. Como Joseph Conrad, y en ella ha escrito obras amenas, que oscilan entre el estudio psicológico (*Arcebal y los ingleses*), y la



Salvador de Madariaga

(Dibujo de Juan Carlos Huergo.)

novela humorística y de clave (*The Sacred Giraffe*). Sus *Romances de ciego* contienen extractos refinados de vida, delicadas emociones vertidas con una gracia personal leve y cautivadora. Estas tres lenguas modernas no apaciguan con su copioso aporte la sed de saber que aflige o divierte a Madariaga; el idioma alemán también le ha cedido, acaso de mala gana, casi todos sus secretos, y con este equipo abundante y precioso recorre el nuevo diplomático sendas por donde no han ido muchos de los sabios que en el mundo han sido.

Por una burla del destino, Madariaga es menos conocido en su patria que en Inglaterra. Su literatura es también más inglesa que española. Vino a residir en Inglaterra cuando era ya hombre formado; pero había sin duda analogías espirituales y concordancias de temperamento entre el español recién llegado y los ingleses, porque de súbito empezó a mostrar el oro de esas semejanzas en el mineral de sus primeros trabajos. El humor que se ha ganado admiradores insofisticados por todas partes, y explotadores conscientes donde quiera que hay literatos, lleva el calificativo de inglés por la abundancia de escritores británicos en quienes predomina esa actitud de la mente. Pero la obra de Miguel de Cervantes Saavedra es el modelo insuperado del grande humor, y chispas de esas llamaradas han llegado en el siglo XIX hasta Pérez Galdós y Angel Ganivet con brillo inconfundible. En el siglo XX ha tomado Madariaga la antorcha espiritual que luce con resplandor apacible y que, de tarde en

tarde, lanza emanaciones fuliginosas, como fondo precioso sobre el cual destacan las ideas como movilidad insinuante.

Importa, sin embargo, observar que el humor verdadero, la forma típica de ese estado de alma llamado por Höffding "grande humor" no está sujeta como las obras literarias a las tiránicas influencias del medio y de la raza. El grande humor es una excepcional disposición del espíritu a mirar el mundo y las acciones humanas dentro de un ángulo de bondad y conmiseración que excluye la burla, el sarcasmo y aún la ironía. No es una actitud transitoria, sino un estado de alma predominante que impregna todas las acciones del individuo favorecido o agobiado por la naturaleza con esa cristiana inclinación. El humorista no ríe, detesta la carcajada y apenas contrae los labios levemente en pasajera sonrisa ante las incongruencias y absurdos de "esta efímera vida humana, frágil vaso, lleno de dolores y de goces". Tal es el humor, de cuya presencia saludable y preservadora hay efluvios constantes en la obra de Madariaga.

Le han llamado a representar a España como embajador en los Estados Unidos saxoamericanos. El nombramiento llena un fin plausible. Es una distinción tardía del pueblo español para con uno de los talentos literarios más completos y sagaces que ha producido la España del novecientos. Perderán los estudios hispánicos en Inglaterra un irremplazable agitador espiritual y acaso la Embajada le dejará menos tiempo que la cátedra para continuar esa producción literaria ya tan rica y tan llena de promesas. Para los literatos, la embajada de Madariaga será una pérdida. La diplomacia española saldrá ganando, sin duda, ya que la monarquía se distinguió siempre por el cuidado violento con que escogía sus representantes evitando a menudo que tuviesen mucho talento. Siempre, no. En un siglo se pueden anotar dos o tres excepciones, por ejemplo, D. Juan Valera.

En Washington, Madariaga va a ser una figura decorativa. Nada hay que adorne tanto como la inteligencia en los medios diplomáticos. En un principio, Madariaga va a tener en Washington momentos muy entretenidos observando a las gentes que le van a observar a él minuciosamente como una curiosidad de otro planeta, un diplomático anunciado por la fama como autor bilingüe y de mucho talento. Será un espectáculo; algo así como la amonita del terciario observando a los millonarios del aluvial superior que suelen visitar los museos de paleontología. Pero a la postre, Madariaga se va a aburrir extraordinariamente. La diplomacia va desapareciendo sin haber llenado su fin. Los mismos jefes de Estado hablan por teléfono cuando tie-